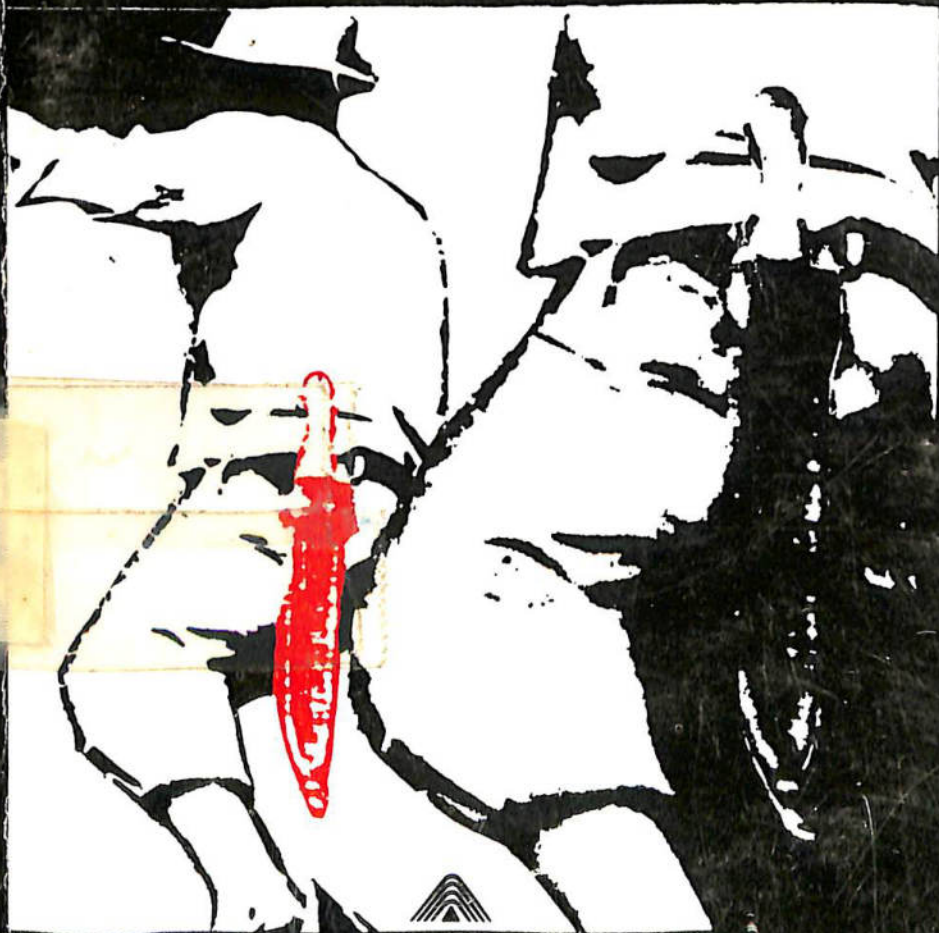


ROMULO GALLEGOS

CANAIMA

MONTE AVILA EDITORES



V863-44
G166C
1976
c. 4.

ROMULO GALLEGOS

CANAIMA

Prólogo de DOMINGO MILIANI

BIBLIOTECA NACIONAL

CARACAS - VENEZUELA



MONTE AVILA EDITORES C. A.

CANAIMA

I

PORTICO

Barra del Orinoco. El serviola de estribor lanza el escandallo y comienza a vocear el sondaje:

— ¡Nueve pies! ¡Fondo duro!

Bocas del Orinoco. Puertas, apenas entornadas todavía, de una región donde imperan tiempos de violencia y de aventura... Una ceja de manglares flotantes, negros, en el turbio amanecer. Las aguas del río ensucian el mar y saturan de olores terrestres el aire yodado.

— ¡Ocho pies! ¡Fondo blando!

Bandadas de aves marinas que vienen del Sur, rosarios del alba en el silencio lejano. Las aguas del mar aguantan el empuje del río y una cresta de olas fangosas corre a lo largo de la barra.

— ¡Ocho pies! ¡Fondo duro!

Destellos de aurora. Arreboles bermejos... ¡Y eran verdes los negros manglares!

— ¡Nueve pies! ¡Fondo blando!

De la tierra todavía soñolienta, hacia el mar despierto con el ojo fúlgido al ras del horizonte, continúan saliendo las bandadas de pájaros. Los que madrugaron ya revolotean sobre aguas centelleantes: los alcatraces grises, que nunca se sacian; las pardas cotúas, que siempre se atragantan; las blancas gaviotas voraces del áspero grito; las negras tijeretas de ojo certero en la flecha del pico.

— ¡Nueve pies! ¡Fondo duro!

A los macareos han llegado millares de garzas: rojas corocoras,

chusmitas azules y las blancas, de toda blancura; pero todas albean los esteros. Ya parece que no hubiera sitio para más y aún continúan llegando en largas bandadas de armonioso vuelo.

— ¡Diez pies! ¡Fondo duro!

Acaban de pronto los bruscos maretazos de las aguas encontradas, los manglares se abren en bocas tranquilas, cesa el canto del sondaje y comienza el maravilloso espectáculo de los caños del Delta.

Término fecundo de una larga jornada que aún no se sabe precisamente dónde empezó, el río niño de los alegres regatos al pie de la Parima, el río joven de los alardosos escarceos de los pequeños raudales, el río macho de los iracundos bramidos de Maipures y Atures, ya viejo y majestuoso sobre el vértice del Delta, reparte sus caudales y despide sus hijos hacia la gran aventura del mar; y son los brazos robustos reventando chubascos, los caños audaces que se marchan decididos, los adolescentes todavía soñadores que avanzan despacio y los caños niños que se quedan dormidos entre los verdes manglares.

Verdes y al sol de la mañana y flotantes sobre aguas espesas de limos, cual la primera vegetación de la tierra al surgir del océano de las aguas totales; verdes y nuevos y tiernos, como lo más verde de la porción más tierna del retoño más nuevo, aquellos islotes de manglares y borales componían, sin embargo, un paisaje inquietante, sobre el cual reinara todavía el primaveral espanto de la primera mañana del mundo.

A trechos, apenas divisábase alguna solitaria garza inmóvil, como en espera de que acabase de surgir aquel mundo retardado; pero, a trechos, caños dormidos de un laberinto silencioso, la soledad de las plantas era absoluta en medio de las aguas cósmicas.

Mas el barco avanza y su marcha es tiempo, edad del paisaje.

Ya los manglares son matorrales de ramas adultas, maraña bravía que ha perdido la verde piel niña y no mama del agua, sino muerde las savias de la tierra cenagosa. Ya hay pájaros que ensayan el canto con salvajes rajeos; huellas de bestias espesura

adentro: los arrastraderos de los caimanes hacia la tibia sombra internada, para el letargo después del festín que ensangrentó el caño; senderos abiertos a planta de pie, las trochas del indio habitador de la marisma; casas, tarimbas de palma todavía sobre estacas clavadas en el bajumbal. Ya se oyen gritos de un lenguaje naciente.

Son los guaraúnos del bajo Orinoco, degenerados, descendientes del bravo caribe legendario, que salen al encuentro de las embarcaciones en sus diminutas curiaras, por los caños angostos, sorteando los islotes de borales florecidos, bogando sobre el aguaje de los caimanes que acaban de zambullirse. Se acercan a los costados del vapor en marcha y en jerga de gerundios proponen comercio:

— ¡Cuñao! Yo dándote moriche canta bonito, tú dándome papelón.

— Yo dándote chinchorro, tú dándome sal.

Pero a veces los gritos son alaridos lejanos, sin que se acierte a descubrir de dónde salen, y quizá no sean proposiciones amistosas, sino airadas protestas del indio indómito, celoso de la soledad de sus bajumbales.

¡Caños! ¡Caños! Un maravilloso laberinto de calladas travessías de aguas muertas con el paisaje náufrago en el fondo. Hondas perspectivas hacia otros caños solitarios, misteriosas vueltas para la impresionante aparición repentina, que a cada momento se espera, de algún insólito morador de aquel mundo inconcluso. Islotes de borales en flor, crestas de caimanes. Un brusco chapoteo estremece el florido archipiélago, y turba la paz del paisaje fantástico invertido en el espejo alucinante del caño.

A vuelta encontrada aparece una piragua navegando en bolina. Un cargamento de plátanos vuelco del cuerno la abundancia del Delta; tres hombres, guayqueríes de rostro atezado, buena cara para el mal tiempo de mar y de río; un perro que se empina en la

borda, nocturno guardián de la casa flotante en el aduar de las barcas fondeadas, y un gallo, caracol para el alba marina.

Y ya el paisaje es de tiempos menos remotos.

Palmeras: temiches, caratas, moriches... El viento les peina la cabellera india y el turpial les prende la flor del trino... Bosques. El árbol inmenso del tronco velludo de musgo, del tronco vestido de lianas floridas. Cabimas, carañas y tacamahacas de resinas balsámicas, cura para las heridas del aborigen y lumbre para su churuata. La mora gigante del ramaje sombrío inclinado sobre el agua dormida del caño, el araguaney de la flor de oro, las rojas marías. El bosque tupido que trenza el bejuco... Plantíos. Los conucos de los margariteños, las umbrosas haciendas de cacao, las jugosas tierras del bajo Orinoco enterneciendo con humedad de savias fecundas las manos del hombre del mar árido y la isla seca.

Ya se ven caseríos.

Pero allá viene el chubasco que nunca falta en aquella zona de bruscas condensaciones atmosféricas. Es un ceño amenazante el largo nubarrón por detrás del cual los rayos del sol, a través del aguacero en marcha, son como otra lluvia, de fuego. La brisa marina y los gozosos escarceos se detienen de pronto asustados ante aquello que avanza de tierra, se queda inmóvil el aire un instante, vibra de súbito como una plancha de acero golpeada, se acumulan tinieblas, se estremece el caño herido por los goterones de la lluvia recia y caliente y pasa el chubasco borrando el paisaje.

Ya vuelve, con la prodigiosa riqueza de sus matices envueltos en la suave tonalidad de una luz incomparable, hecha con los más vivos destellos del sol de la tarde y la sustancia más transparente del aire. Y en el aire mismo cantan y aturden los colores: la verde algarabía de los pericos que regresan del saqueo de los maizales; el oro y azul, el rojo y azul de los guacamayos que vuelan en parejas gritando la áspera mitad de su nombre; el oro y negro de los moriches, de los turpiales del canto aflautado, de los arrendajos que cuelgan sus nidos cerca de las colmenas del campate y los arpegios matizados al revuelo de la bandada de los azulejos, verdines, cardenales, paraulatas, currufiatás, siete colo-

res, gonzalitos, arucos, güiriríes. Ya regresan también, hartas y silenciosas, las garzas y las cotúas que salieron con el alba a pescar, y es una nube de rosa la vuelta de las corocoras.-

De pronto huyen las riberas que encajonaban el caño, y ante la vista se extienden, pasmo de serenidad, las bolinas del Delta.

¡Agua de monte a monte! ¡Agua para la sed insaciable de las bocas ardidas por el yodo y la sal! ¡Agua de mil y tantos ríos y caños por donde una inmensa tierra se exprime para que sea grande el Orinoco!

Las que manaron al pie de los páramos andinos y perdieron la cuenta de las jornadas atravesando el llano; las que vinieron desde la remota Parima, de raudales en chorreras, de cataratas en remansos, a través de la selva misteriosa y las que acababan de brotar por allí mismo, tiernas todavía, olorosas a manantial. Todas estaban allí extendidas, reposadas, hondas y eran todo el paisaje venezolano bajo un trozo de su cielo.

Término sereno, como el acabar de toda grandeza, ya próximo al mar inevitable, el Orinoco se ensimisma en los anchos remansos de las bolinas del Delta para arreglar sus cuentas confusas, pues junto con las propias, que ya no eran muy limpias, trae revueltas las que le rindieron los ríos que fue encontrando a su paso. Rojas cuentas del Atabapo, como la sangre de los caucheros asesinados en sus riberas; turbias aguas del Caura, como las cuentas de los sarrapieros, a fin de que fuese riqueza de los fuertes el trabajo de los débiles por pobres y desamparados; negras y feas del Cunucunuma, que no es el único que así las entrega; verdes del Ventuari y del Inírida, que se las rindió el Guaviare; revueltas del Meta y del Apure, color de la piel del león; azules del Caroní, que ya había expiado sus culpas en los tumbos de los saltos y con las desgarraduras de los rápidos... Todas estaban allí cavilosas.

Ya declinaba la tarde. Detrás de las costas del río, las hondas lejanías de las tierras llanas, las profundas perspectivas de las tierras montuosas, sin humos de hogares ni tajos de caminos, vastos silencios para inmensos rumores de pueblos futuros; arriba, la mágica decoración de la puesta del sol: celajes de oro y lagos de

sangre y lluvias de fuego por entre grandes nubarrones sombríos, y bajo la pompa dramática de estos fulgores en aquellos desiertos, ancho, majestuoso, resplandeciente, ¡Orinoco pleno, Orinoco grande!

GUAYANA DE LOS AVENTUREROS

La de los innumerables ríos de ignotas fuentes que la atraviesan sin regarla —aguas perdidas sobre la vasta tierra inculta—, la de la trocha de sabana y la pica de montaña al rumbo incierto por donde debieran ser ya los caminos bien trazados, la de las inmensas regiones misteriosas donde aún no ha penetrado el hombre, la del aborígen abandonado a su condición primitiva, que languidece y se extingue como raza sin haber existido como pueblo para la vida del país. Venezuela del descubrimiento y la colonización inconclusos. Pero la de la brava empresa para la fortuna rápida: selvas caucheras desde el alto Orinoco y sus afluentes hasta el Cuyuní y los suyos y hasta las bocas de aquél, sarrapiales del Caura, oro de las arenas del Yuruari, diamantes del Caroní, oro de los placeres y filones inexhaustos del alto Cuyuní... Guayana era un tapete milagroso donde un azar magnífico echaba los dados y todos los hombres audaces querían ser de la partida.

Y eran, junto con los de presa —mayorazgo de la violencia que allí encontraría impunidad—, los segundones de la fortuna o del mérito: el ambicioso, el manirroto, el tarambana, el que se llenó de deudas y el que se dio a la trampa, los desesperados y los impacientes, uno que necesitaba rehacer su vida —torpemente malograda— con la reputación que le devolviera la riqueza por la que le quitaran las horas menguadas del pobre y otro que para nada quería la suya si no podía vivirla intensamente en las aventuras y ante el peligro.

Porque junto al tesoro vigilaba el dragón. El mortífero beriberi de los bajumbales caucheros, las fiebres fulminantes que carbonizan la sangre, las fieras, las arañamona y el veinticuatro de las

mordeduras tremendas, la culebra cuaima del veneno veloz, el raudal que trambuca y vuelve astillas la frágil curiara que se arriesga a correrlo, el hombre de presa, fugitivo de la justicia o campante por sus fueros, el Hombre Macho, semidiós de bárbaras tierras, sin ley ni freno en el feudo de la violencia y el espectáculo mismo de la selva antihumana, satánica, de cuyo fascinante influjo ya más no se libra quien la ha contemplado. Pero Guayana era una palabra mágica que enardecía los corazones.

Tumeremo de los purgüeros: El Callao de los mineros y lavadores de arenas auríferas que arrastraba el Yuruari; Upata de los carreros; El Dorado, fénix de la leyenda que ilusionó a los segundones de la Conquista y ahora renacía en un caserío a orillas del turbio Yuruán, cerca del correntoso Cuyuní; San Fernando de Atabapo de los caucheros; Ciudad Bolívar de los sarrapieros y grandes comerciantes explotadores de casi todas aquellas empresas, y la inmensa selva pródiga para la aventura de la fortuna lograda y tirada, una y otra vez... Guayana era una tierra de promisión.

Sobre la margen derecha del Orinoco, en la parte más angosta de su curso, peñusco de fronta de plaza, patios y corrales y de viejas casas coronadas de azoteas, se empina Ciudad Bolívar para contemplar su río. Frente a ella, en la mitad del cauce, la Piedra del Medio mide la oscilación periódica del nivel de las aguas y cuando éstas comienzan a descender, al retirarse las lluvias que riegan la inmensa hoya, dice la ciudad:

—Ya está cabeceando el Orinoco.

Y a un tiempo agregaba, anuncio de buen suceso:

—Ya los rionegreros estarán saliéndose de la montaña. Pronto correrán por aquí los ríos de oro.

Hasta que un día se propagaba la noticia:

—¡Por ahí vienen ya los rionegreros!

Y las azoteas se llenaban de gente atalayando el río.

Eran los de la brava empresa, los hombres animosos vencedores de la selva. Se había dicho que ya regresaban, pero aún no se sabía cuántos ni quiénes se quedarían allá para siempre. Mas era

también el Orinoco mismo triunfador de la recia aventura del raudal y retardando el secreto que querían arrebatarse las miradas ansiosas, el gran río avanzaba solo, callado y solemne ante la expectación de la ciudad.

Por fin aparecían los esquifes, las piraguas, las falcas, las chalanas. Eran muchas las velas inclinadas bajo el barinés que de pronto doblaban la vuelta solitaria. Ciudad Bolívar gritaba su júbilo y se echaba a la calle y corría a la playa.

Ya estaba allí fondeada la selva. La savia del árbol del caucho convertida en planchas de fabuloso precio; los pájaros cautivos dentro de las toscas jaulas, la pluma de mil colores ya que negado todavía el canto arisco; las bestias raras, venteando hurañas el olor a la ciudad; los hombres mismos, que ya eran otros, con una extraña manera de mirar, acostumbrados los ojos a la actitud recelosa ante los verdes abismos callados, con otro dejo en la voz, musgo de las resonancias que le nacieron en el húmedo silencio silvestre.

—Dame razón de Maradé—inquieren desde la playa.

—Está bueno—contestan de las barcas—. En el costo del Ventuari lo dejé el año pasado. Te manda memorias.

¡Las riberas del Ventuari, centenares de leguas, un año, mil peligros de muerte a diario! Pero como el interesado no habría de obtener noticias más recientes, ya podía decir que había sabido de Maradé.

La descarga de las chalanas entre el bullicio del gentío. La afanosa hilera de los caleteros, de la playa a la casa de Blohm. Los empleados de ésta que allí recibían las planchas, voceando las pesadas. La muchedumbre de curiosos afuera, en el corredor pintado de verde sombrío, color de la selva, haciendo comentarios, entusiasmados por la abundancia que nada les reportaría, y los que se burlaban de esta alegría inconsciente y lo hacían de esta manera:

—No te vistas que no vas, zambo parejero. ¿Quién te ha

invitado a esa fiesta de los musiúes?

Los rionegreros ya arreglando sus cuentas. El sonido milagroso del oro acuñado apilándose frente a ellos. Las charlas estrepitosas, costumbre del hombre que vuelve de los vastos espacios callados. Las anécdotas del Territorio, las regocijadas solamente, pues de las trágicas mejor era no hablar, allí en la ciudad. Las risas, sonoras carcajadas y rotundas exclamaciones criollas en boca de los alemanes rubicundos de cerveza y satisfacción, porque el dinero de los avances venía multiplicado.

Las fiestas, los bailes, las parrandas. Las noches del club y del garito con luz encendida hasta el alba, sonando el dinero entre el toctoc de los cubiletes. Y los comentarios admirativos después:

—Anoche perdió Continamo todo lo que ganó en tres meses de montañía. Esta mañana fue donde Blohm a avanzarse otra vez para el caucho del año que viene.

—Pues ya se lo está bebiendo. Escúchale ahí.

— ¡No hay curiá, muchachos, que to es bongo! De aquí no se va nadie hasta que esté borracho. ¡Eche más champañía, botiquinero, que ésa la paga Blohm!

Las tardes de la alameda, a la brisa tibia del río, llena de muchachas risueñas recorriéndola de punta a punta, cogidas del brazo, charlando, chispeantes las amorosas miradas del rionegrero sentado en torno a la mesa donde se bebía y se celebraban las ocurrencias del Territorio. Y los círculos de muchachos embelesados oyendo las estupendas aventuras.

¡Amanadona, Yavita, Pimichín, El Casiquiare, el Atabapo, El Guainía! ... Aquellos hombres no describían el paisaje, no revelaban el total misterio en que habían penetrado; se limitaban a mencionar los lugares donde les hubiesen ocurrido los episodios que referían; pero toda la selva fascinante y tremenda palpitaba ya en el valor sugestivo de aquellas palabras. Los muchachos de Ciudad Bolívar, del pueblo y de la burguesía, oyendo aquellos relatos y contemplando aquellos ojos que habían visto el prodigio, experimentaban emoción religiosa, y de este modo, de

los mayores a los chicos, se pasaba la consigna Guayana de los aventureros.

MARCOS VARGAS

Fue allí donde adquirió desde niño y con la eficacia de un vigoroso instinto aplicado a su objeto propio, los únicos conocimientos que le interesaban. La geografía de la vasta región que luego sería el escenario fugitivo de su vida de aventurero de todas las aventuras.

El curso de los grandes ríos de Guayana y la manera de pasar de unos a otros por el laberinto de sus afluentes, caños y arrastraderos que los entrelazan, las escasas vías transitables a través de bosques intrincados y sabanas desiertas, el incierto derrotero, ya sólo conocido por los indios y apenas indicado por el arestín que crece sobre los antiguos caminos fraileros para ir hasta Rionegro evitando los grandes raudales del Orinoco y todos los rumbos que los aborígenes saben tirar desde un extremo a otro de aquella inmensa región salvaje y cuáles de estos indios eran buenos gomereros, cuáles mañoqueros y en las riberas de qué ríos o cabeceras de qué caños habitaban. La geografía viva, aprendida a través de los relatos de los caucheros, mientras que para la muerta que podían enseñarle en la escuela, así como para todo lo que allí quisieran meterle en la cabeza, no demostraba interés alguno.

Un día; como uno de los rionegreros se trajese consigo a un indio maquiritare de las riberas del Padamu para que conociese Angostura—como todavía llaman a Ciudad Bolívar los aborígenes para quienes no ha pasado el siglo y pico de la república—, y estando el indio sin tomar parte en la tertulia, azorado por la curiosidad muchacheril de que era objeto:

—Yéndote con Marcos, que no siendo maluco—díjole el cauchero, imitándole su manera de emplear los verbos castella-

nos—. El sirviéndote de baquiano y tú conociendo Angostura.

Y luego a Marcos:

—Llévatelo a pasear por ahí, tú solo.

Era el maquiritare un hombre joven, de aspecto manso y bondadoso, pero de expresión hermética. Vestía como los hombres del pueblo de Ciudad Bolívar y sin muestras de no estar acostumbrado a tal indumentaria, que acaso por primera vez usaba. No soltaba palabra, se fijaba mucho en todo, a ratos sonreía y entonces su rostro enjuto y lampiño, adquiría cierto aire infantil. Nada de misterioso había en su apariencia, pero, sin embargo, Marcos Vargas sentía que iba al lado de un misterio viviente y procuraba sondearlo.

—¿Cómo llamándote tú? —le preguntó, a la manera aprendida del cauchero.

—Federico Continamo—repuso el maquiritare.

—Sí—dijo Marcos, mostrándose conocedor del caso—. Ya sé. Como el racional que te trajo a conocer Angostura. Tu padrino, seguramente.

—Racional no siendo padrino mío, pero gustándome su nombre. El prestándomelo, y yo poniéndomelo.

—Sí, sí. Pero tu verdadero nombre, el que usas entre tu gente, ¿cuál es?

—Yo diciéndotelo—contestó evasivo, con la sonrisa niña en la faz hermética—. Yo diciéndotelo.

Y Marcos, para sus adentros de persona enterada de costumbres y supersticiones indígenas:

—No me lo dirá por nada del mundo. Ellos creen que entregan algo de su persona cuando dan su nombre verdadero.

Dejaron la ciudad por las afueras, más allá de los morichales y atravesando una sabana solitaria y melancólica fueron a sentarse sobre una gran laja que por allí afloraba del suelo. Negros arabescos de ramas y follaje repujaban el bronce candente de la puesta del sol, cantaba entre la hierba el diostedé y el silbo quejumbroso hacía triste la serenidad de la tarde.

Callaba el indio enigmático, y Marcos Vargas, suponiéndolo

aflorante del paisaje vespéral de su remoto Padamu, y, por otra parte, pensando en que aquella laja-sobre la cual estaban sentados fuese uno de esos afloramientos del sistema orográfico de la Parima, típicos de las sabanas guayanesas—única cosa que había logrado enseñarle su profesor de geografía—, se entregó a componer su ilusión de hallarse ante aquellos salvajes panoramas oyendo el canto del yacabó.

Ya oscurecía cuando el maquiritare, sin quitar la vista del punto incierto donde la tenía fija, murmuró:

—Cuando tú yendo allá, Ponchopire enseñándote las cosas.

Ponchopire, que era su nombre y en su dialecto significa váquiro bravo, lo daba ahora como una muestra especial de simpatía hacia su joven baquiano.

—¿Cómo sabiendo tú que yo yendo allá? —inquirió Marcos, con emoción de alma en el umbral del misterio.

—Tú yendo, tú yendo. Yo mirándotelo en los ojos.

Y aquella tarde Marcos regresó a su casa como bajo el influjo de un hechizamiento.

Pero Marcos Vargas no era propiamente un soñador, ni tampoco los criaba aquel medio caldeado por el dinamismo de la aventura. Hacia la acción desbordada tiraban las inclinaciones de su espíritu y su escuela verdadera, de lucha y de endurecimiento, había sido el arrabal y el campo circundante, a la cabeza de su pandilla de chicos del pueblo, cacique querido por su carácter expansivo y franco, al par que respetado por la fuerza de sus puños.

Para apartarlo de este ambiente plebeyo y desmoralizador, y sobre todo del camino de la aventura cauchera o minera, que ya le había arrebatado dos hijos—Pedro Fracisco, el mayor, a quien se le trabucó la curiara en el raudal de Samborja, yendo para el Atabapo, y Enrique, el segundo, asesinado por un tal Cholo Parima, la “noche en que los machetes alumbraron el Vichada”, como solía aludirse por allí a la espantosa degollina, una de tantas que ya ensangrentaban la selva—, doña Herminia tomó la determinación de enviarlo interno a un colegio de Trinidad,

donde con disciplina inglesa se lo sacasen hombre formal. Y así se lo manifestó al marido la tarde aquella del embriajamiento producido por las palabras del indio.

—Pedro, hay que tomar una determinación respecto a la educación de Marcos. Ahí está como alelado y es que seguramente ha estado oyendo los cuentos de los rionegreros. El otro día me ibas a proponer, si no me equivoco que hipotecáramos esta casa, lo único que nos queda, tal vez para pagar algunas deudas apremiantes de *Salsipuedes*.

Salsipuedes era una tienda detrás de cuyo mostrador venía arruinándose, cándida y sistemáticamente el bueno de Pedro Vargas, por vender a precios de costo, cuando más, telas y quincallas con la idea de atraerse clientela. El nombre quería decir: de aquí no te irás sin comprar algo: pero lo que realmente no salía de aquella tienda era el dinero del patrimonio de doña Herminia que para atender a las deudas se fue metiendo allí.

—Sí—balbució Pedro Vargas, enrojeciéndose hasta el occipucio, que era donde le quedaban algunos pelos—. Esos judíos de...

—Ya, ya—repuso la esposa—. Judíos son para ti todos los que cobran lo que se les deba. Pero judíos o no, hay que pagarles. Hipotequemos la casa; mas desde ahora te advierto que del producto de esa hipoteca apartaré una cantidad, que será sagrada, para dedicarla a la educación de Marcos, porque he resuelto que lo enviemos interno al colegio inglés de Puerto España. Marcos va por mal camino y si no metemos la mano a tiempo y enérgicamente, lo perderemos como a los otros.

—Como tú dispongas, Mina. En cuanto a lo que me prestarás para *Salsipuedes*, creo que dentro de muy poco podré reintegrártelo—repuso el ilusionado comerciante.

Y días después ingresaba Marcos en el colegio de Trinidad, con dieciséis años cumplidos y a regañadientes.

Cuatro de internado y disciplina inglesa, continuos, sin vacaciones, por culpa de su temperamento indócil, y una tarde que se presentan en *Salsipuedes*—que ya no era sino un tenducho, en un zaguán— un juez y su secretario a embargar las existencias

que fuesen liquidables.

Pedro Vargas dobló la cabeza sobre el mostrador, lloró un poco en silencio y luego se quedó muerto, con la misma ingenuidad con que siempre había vivido, haciendo malos negocios que le parecían magníficos.

Dofia Herminia llamó al hijo que era ya su único apoyo—pues aunque tenía además dos hijas casadas no quería arrimarse al de los yernos—, y Marcos regresó, hombreado, más vigoroso, con unos cuantos conocimientos más o menos útiles, pero en punto a carácter tal como se había ido: el mismo humor juguetón, la misma cabeza tarambana, intacto el hechizo de las palabras mágicas cuando escuchaba embelesado los cuentos de los rionegros.

Consoló a la madre—su afecto más profundo—, echándosela encima para correr por toda la casa, dándole bromas y diciéndole ternezas; pero no logró tranquilizarla mucho respecto al porvenir cuando le dijo:

—No se aflija, vieja. Pronto estará nadando en un río de oro que le traerá su hijo, de donde broten los manantiales, por más lejos que sea.

Y una tarde, recién llegó apenas...

Por julio, cuando el Orinoco muestra toda su hermosura y su grandeza al alcanzar la plenitud de su crecida anual. cuando son más suntuosas las puestas de sol que hacen de oro y de sangre el gran río, cuando sopla el barinés largo y recio y braman enfurecidos los pailones de la Laja de la Zapoara, suelen remontar la corriente grandes cardúmenes de peces entre los cuales abundan los que le dan nombre a dicha laja ribereña y cuya pesca, practicada desde allí, constituye espectáculo emocionante para la población de Ciudad Bolívar, a causa de los graves riesgos a que se exponen los pescadores enardecidos, sobre la roca resbaladiza al borde del agua correntosa.

Muy aficionado a este deporte había sido Marcos Vargas desde los años de su infancia y apenas oyó las voces que por la calle iban

dando unos muchachos:

— ¡La zapoara! ¡La zapoara! Ya viene el camboto.

Tomó la puerta y se encaminó a la laja.

Ya estaban allí, preparando sus tarrayas y robadores el *Chano* y el *Roncador*, de la pandilla arrabalera que antes capitaneaba Marcos y ahora pescadores de profesión.

Los saludó desde lo alto de la roca con su antiguo grito de guerra:

— ¡Qué hubo! ¿Se es o no se es? —agregando luego—: Vamos a ver si es verdad que en Trinidad se olvida lo que se aprendió en Ciudad Bolívar.

Por lo cual exclamó el *Chano*:

— ¡Ah caramba! ¿Cómo que es el mismo *Caribe* de antes el que viene ahí?

— A la prueba me remito—repúsole—. Vayan preparándome mi tarraya mientras me desvisto.

— ¡Ah Marcos Vargas! —comentó el *Roncador* complacidamente—. ¡Genio y figura!

— ¿Y qué, pues? ¿Crees que eso es jabón que se gasta? Aquí me tienen otra vez y vayan contándome mientras tanto qué ha sido de ustedes en estos cuatro años en que no nos hemos visto.

— Aquí, chico—repuso el *Chano*—. Ganándonos la arepa con la tarraya. Ya se acabaron aquellos tiempos de todos juntos y reuníos: el pata en el suelo y el patiquín. Ahora ca uno ha cogió pa onde le corresponde: tú pa la espuma que flota, aunque no quieras ser jabón que se gasta, y nosotros pa el asiento. Pero aquí estamos a tu mandar, los mismos de siempre pa ti.

— Lo propio te digo, Marcos—añadió el *Roncador*—. Y ahora que te vemos, porque, francamente, no nos atrevíamos a di a tu casa, sin sabé cómo ibas a recibimos: recibe mi pésame por la muerte de tu viejo.

— Y el mío, Marcos. Ya sabes tú. Nada tengo que decirte. Nosotros hemos sentío mucho la muerte de tu pobre viejo, que en paz descanse.

— ¡Ya lo creo! Como que se les acabó ya la ganguita de

comprar aparejos de pescar a menos de precio de costo. Pero dejemos el arreglo de esas cuentas para más luego, porque ya el cardumen viene llegando. ¡Y ah, camboto bueno! ¡Miren el aguaje! .

Ya las zapoaras, atraídas por la succión de los pailones estaban al alcance de las tarrayas y Marcos confundido entre los pescadores, desnudo de cinto arriba, descalzo y con los pantalones arremangados hasta los muslos, mientras en lo alto de la laja se apiñaba la muchedumbre que de toda la ciudad acudía a presenciar el espectáculo emocionante.

Pero Marcos Vargas no tenía ojos sino para el hervidero de las aguas cuajadas de zapoaras y a grandes voces celebraba la eficacia de sus tarrayas bien lanzadas:

— ¡Qué hubo! ¿Se es no se es?

A lo que replicaban los pescadores, complacidos de verlo entre ellos:

— ¡Eso fue lo que te enseñaron en el colegio de los ingleses?

— ¡Ah, plata más perdida la que gastó tu viejo en eso! Como que no fue vendiéndonos a precio de costo, solamente, que se arruinó.

Ya se ocultaba el sol y eran montañas de oro las inmensas nubes encendidas de arreboles, a cuyos ardientes reflejos sobre las aguas rizadas por el barinés, el gran río extendía de monte a monte la majestad de su hermosura. Hervían los pailones entre cuyos torbellinos iba cayendo el cardumen y sobre el bramido de la corriente enriscada se alzaban los gritos de los pescadores enardecidos y el vocerío emocionado de la multitud, por la tarea de los hombres arriesgados y la grandiosidad del incomparable crepúsculo.

Mas de pronto todo aquel rumor humano se convirtió en un solo grito de sobresalto. Marcos Vargas había resbalado y caído en los pailones.

Pero fue cosa de instantes no más el riesgo corrido. El remolino de las aguas no pudo arrollarlo, las cortó a brazo esforzado, ganó el remanso y volvió a treparse sobre la laja, antes

de que los pescadores lograran acudir en su auxilio. Y ya estaba allí lanzando su grito alardoso:

— ¿Qué hubo? ¿Se es o no se es?

Mas aún no se había incorporado cuando se le plantaba por delante, increpándole, una jovencita de rubia melena y mirada centelleante:

— ¡Bruto! ¡Requetebruto y mil veces bruto! Me has dado un susto por estar echándotelas de gracioso. ¡Me provoca darte una cachetada!

Tendría unos quince años, era realmente linda y la cólera la embellecía aún más.

De rodillas y con las manos todavía apoyadas sobre la laja, Marcos se la quedó mirando en silencio y luego replicó, socarronamente:

— ¿A que no?

— ¡A que sí!

Y de las palabras a los hechos. ¡Plaf!

En seguida le volvió la espalda y sacudiendo la dorada melena, con lumbré en los ojos altaneros, llena de sí misma, atravesó por entre el gentío que le celebraba la ocurrencia o se escandalizaba de ella y fue a reunirse con sus amiguitas, que no habían salido de su asombro.

Marcos permaneció tal como estaba, contemplándola, deslumbrado todavía por la visión de su belleza y murmurando:

— ¡Tú me las pagarás! ¡Tú me las pagarás!

Era la primera vez que experimentaba una emoción amorosa. Hasta allí su mundo había sido rudo y viril, abriéndose camino a bofetada limpia, primero en el arrabal bolivarense a la cabeza de su pandilla y luego en el mismo colegio de Trinidad... Era lógico que con una, bien asentada en su mejilla, le hubiese dado el amor aviso de su existencia.

II

POR EL CAMINO Y ANTE LA VIDA

Cantaban los gallos que anunciaban el alba cuando Marcos Vargas salía de Ciudad Bolívar, vía del Yuruari por el paso de Caruache sobre el Caroní. Acababa de cumplir los veintiún años que lo hacían dueño de sus actos, iba solo, la bestia que lo conducía no era suya y dinero, ni lo llevaba encima ni lo tenía en ninguna parte. Era un hombre con su suerte por el camino y ante la vida.

El camino no era todavía el de la aventura temeraria a que se lanzaban los hombres animosos, no conducía al lejano mundo de la selva fascinante, vislumbrado a través de los cuentos de los rionegreros; pero sí lo llevaba a encararse con la vida, hasta allí transcurrida al arrimo paterno, a luchar entre los hombres y contra ellos y la emoción de sí mismo ante el incierto destino era tan intensa que le parecía cual si a nadie hubiese ocurrido nunca cosa semejante.

Y así iba, cabalgando ensimismado, cuando le sorprendió, ya pasado el mediodía, la brusca aparición de uno de los espectáculos predilectos de su espíritu.

Azul, de un azul profundo que hacía blanco el del cielo, hermoso entre todos los ríos y con escarceos marinos del viento contra la corriente, el Caroní arrastraba el resonante caudal de sus aguas entre anchas playas de blancas arenas y aquel que tanto sabía acerca de los grandes ríos de Guayana y con las más ardientes imágenes se los tenía representados, no como simples cursos de agua sino cual seres dotados de una vida misteriosa, aunque ya algo de éste había visto, no pudo menos que detener bruscamente la bestia, exclamando:

— ¡Caroní! ¡Caroní! ¡Así tenía que ser el río de los

diamantes!

Entre tanto, desde el corredor del paradero del paso, en la misma margen izquierda, alguien lo observaba a él y se decía:

“Ese debe de ser. ¡Buen plantaje de hombre tiene el mozo!”

Y luego, saliéndole al encuentro:

—¿Es usted Marcos Vargas?

—Así me dicen, y yo lo repito. Para servirle.

—Manuel Ladera—dijo el otro, presentándosele—. Mucho gusto en conocerlo.

Era un hombre maduro, de aspecto afable, rico propietario del Yuruari y dueño de uno de los mejores convoyes de carros que para entonces recorrían los caminos de aquella región, siendo éste uno de los negocios más productivos, por el alto valor de los fletes. Sin embargo, ahora había decidido venderlo y Marcos Vargas iba a comprárselo, previo acuerdo telegráfico de reunirse allí para cerrar el trato.

Dirigiéronse al mesón del paradero donde los esperaba el almuerzo ya pedido por Ladera y éste dijo al tomar asiento:

—Ya tuve el gusto de conocer a su padre, que era uno de los hombres mejores de Guayana, si no el mejor. Hace unos catorce años fuimos socios en un negocio de ganado que tuvimos por los llanos de Monagas.

A lo que repuso Marcos:

—Pues aquí tiene al hijo, que es de lo peorcito que hay en Ciudad Bolívar. Para jugarle limpio desde el principio.

—Que ya es algo que no se da todos los días, pues ahora lo que se estila es el juego sucio. También he tenido el honor de conocer a misía Herminia, su santa madre de usted.

—Santa es poco, don Manuel. Pero ya usted me amarró con ese adjetivo para mi vieja.

—Me agrada oírlo expresarse así, porque un buen hijo, aunque me sea desconocido por lo demás, ya es para mí la mitad de un amigo de toda mi estimación.

—Pues le cojo la palabra.

—Ligera la tiene usted, ya voy viendo.

—Aunque no sé si tengo derecho a llamarme buen hijo, pues mi

vieja hizo sacrificios por mi educación de los cuales no sacó todo el fruto que esperaba. Hipotecó su casa, resto de la herencia de mi abuelo, para pagarme colegio de donde saliera yo hombre formal. Ella había oído decir que la disciplina inglesa estaba muy recomendada en mi caso y para hacer la prueba se gastó en un colegio de Puerto España unas cuantas libras que ahora le están haciendo falta. Pero resultó que en Trinidad no se olvida lo que se aprende en Ciudad Bolívar cuando uno lo lleva en la sangre y de allá regresé, hace pocos meses, tan descompuesto como me fui.

—Ahora le estará pesando.

—Sí y no. Sí, por el dinero perdido de mi pobre vieja; no, porque eso de las disciplinas, inglesas o de donde sean, es relativo y pasa con ellas como en las zapaterías, que unos se calzan de percha y otros a la medida.

—¡A ver! Explíqueme eso.

—Quiero decir que a unos pueden imponerle con reglamentos la disciplina que han inventado otros para el público grueso—siguiendo mi comparación—, porque están muertos por dentro y cualquiera les sirve; mientras que otros, vivos hasta el fondo, tienen que escoger la suya por sí mismo, viviendo su vida.

—¿Y usted es de esos que no tienen pie de percha?

—Por lo menos hasta ahora no me han servido las medidas del montón.

—Está bien eso, Marcos Vargas. Ya veo que no tiene usted la cabeza por adorno solamente.

—La idea no es mía del todo. Por lo menos, la comparación con la zapatería es de mi viejo. Como en *Salsipuedes*, también se vendían zapatos...

Sonríe Manuel Ladera, y Marcos prosigue:

—Pero ¿por qué le cuento a usted esas cosas?

—Porque ya me había anunciado que era de lo peorcito que hay en Ciudad Bolívar y tenía que demostrármelo.

—Pero con ganas de ser amigo suyo, a ver qué se me pega de

usted. Porque el que a buen árbol se arrima...

—El palo le cae encima.

—Eso está por verse. Yo me fío siempre a mis repentones y el que me ha producido usted no puede ser mejor.

—Pues vamos a tratarnos con franqueza desde el principio, porque algo de eso suyo tengo yo y ya me ha sucedido con usted. Y entrando en el negocio que aquí nos reúne, ¿sabe por qué vendo mis carros?

—Me han dicho que desea descansar de la atención que le causan, habiéndole ya producido bastante.

—Sí, me han producido buen dinero y seguirán produciéndome; pero la verdadera causa es otra, y debo explicársela con toda franqueza; vendo los carros, porque José Francisco Ardavín se ha metido en el negocio. La eterna calamidad de los caciques políticos, que son el azote de esta tierra, pues no hay empresa productiva que no la quieran para sí solos. Ardavín, cuya mala fama tal vez no le sea desconocida, se nos está atravesando en el camino y como entre él y yo median además circunstancias de orden íntimo, para evitar rozamientos y complicaciones mayores, ya que a Dios gracias mis recursos me permiten vivir tranquilo, he resuelto vender mis carros y dejarle el campo libre por mi parte. Como usted comprenderá, estas confidencias poco comerciales no tenía por qué hacérselas a mis posibles compradores, pero usted me ha caído en gracia (es decir, en justicia), y no quiero que más adelante pueda decir que lo enzanjoné en un negocio malo con los ojos tapados.

—¿Así es la cosa? —se preguntó Marcos—. ¿Quiere decir que es con los Ardavines, con los tigres del Yuruari, con quienes me las voy a entender?

—Nada menos, joven.

—¡Ni nada más tampoco! ¡Compro los carros y salga el sol por donde quiera!

Y Manuel Ladera, con arranque originado de la admiración por la hombría temeraria, sentimiento de cuyo bárbaro imperio nadie

parecía librarse por allí:

— ¡Así me gusta oírlo! —exclamó—. Yo me retiro del negocio porque ya voy para viejo, no me falta de qué vivir y tengo cría por la cual he de mirar; pero usted está empezando y tiene que arrear para adelante, hoy o mañana. Y para que de una vez comience a sacarle provecho a esa decisión de hombre, voy a rebajarle trescientos pesos del precio que estaba pidiendo por los carros. Aquí le tenía ya el recibo, de acuerdo con su telegrama aceptando el precio. Vamos a corregirlo de una vez.

— ¡Un momento, don Manuel! ...—atajó Marcos—. Déjelo así como está. Ya usted me ha explicado honradamente lo que no tenía que explicarme y ahora me toca a mí decirle cómo es que le voy a comprar los carros; fiados, para pagárselos con el mismo producto de ellos, sin fijarle cantidad porque será la mayor posible. Y en cuanto a los trescientos pesos de la rebaja, éstos me los dará en efectivo ahora mismo o en Upatá, porque vengo limpio.

Manuel Ladera se quitó las gafas, puestas para lo del recibo, se echó sobre el respaldar de la silla y mientras limpiaba los cristales, dijo:

—Mire, joven. Yo nunca he hecho negocios malos a ciencia y paciencia, ni todavía tengo necesidad de hacerlos, a pesar de lo que le he manifestado, pues llegado el caso extremo suelto las mulas y los bueyes en uno de mis potreros y casi no he perdido nada. Pero tampoco nadie me había hecho hasta ahora una proposición como la que usted acaba de formular y... ¿quiere que le diga? ¡Me ha gustado! Son suyos los carros y aquí tiene ya los trescientos pesos, porque un hombre como usted no puede andar sin dinero donde tantos bribones cargan los bolsillos repletos.

Sacó la cartera, se los entregó en billetes y éste fue el primer dinero—y el primer amigo—que obtuvo Marcos Vargas por el camino y ante la vida.

UNAS MANCHAS DE SANGRE

En la balsa del paso cruzaron el Caroní, y cuando saltaron a tierra, Manuel Ladera dijo:

— ¡Bueno, Marcos Vargas! Ya está en el Yuruari y que le sea de provecho. En la tierra del oro y de los hombres machos, como dicen por aquí.

— Y de las mujeres bonitas—completó Marcos.

— También dicen y no es mentira. A ver si se enamora de alguna y se queda entre nosotros.

— Si usted supiera, don Manuel... Ya esa diligencia, como que está hecha.

— ¿Sí? Pues ya voy viendo que usted es de los que, cuando se ponen en camino, todo lo llevan en la magaya.

Atravesaron el bosque ribereño y al caer a unas casetas por donde pacían algunas reses, Ladera explicó:

Ya esto es *Tupuquén* y está a su disposición, como todo lo que me pertenece. *Tupuquén* llaman una hierba brava, más eficaz que el hacha y que el fuego mismo para acabar con el monte tupido, pues donde ella se mete ya no crece otra cosa. Por aquí reinaba a sus anchas, de donde denominé así esta finca y no se imagina usted los trabajos y el dinero que me ha costado extirparla... Otro *tupuquén* reina también por estas tierras: las llamadas riquezas del Yuruari, el purguo y el oro que quitan los brazos de la agricultura. Los brazos y el capital, que ya tampoco quiere invertirse en ella. Al purguo y al oro los llaman la bendición de esta tierra, pero yo creo que son la maldición. Despueblan los campos y no civilizan la selva, dejan las tierras sin brazos y las familias sin apoyo y corrompen al hombre, desacostumbrándolo del trabajo metódico, pues todos nuestros campesinos ambicionan hacerse ricos en tres meses de montaña purguera y ya no quieren ocuparse en la agricultura. Lo desmoralizan profundamente, pues la tragedia del purguo—aquí, como el rancho en Rionegro y la sarrapia en el Caura—no consiste sólo en que empresarios sin

conciencia exploten al peón por medio del sistema del avance—dinero y bastimentos a cuenta de la goma que saquen—que casi equivale a comprar un hombre por cuatro reales y para toda la vida, sino también en que el peón le toma el gusto al venderse de ese modo y cuando coge el dinero del avance no le importa malgastarlo, pues ya está pensando en el fraude de la piedra dentro de la plancha de goma y en fugarse de la montaña debiendo lo que se ha comido. En picurearse, como ellos dicen. Que naturalmente la peor parte la lleva el peón, pues vaya usted a ver lo que encuentra en la montaña: un plato de *paloapique* que no lo alimenta, de donde adquiere el beriberi que lo mata o lo inutiliza para toda la vida, y la esclavitud, casi, por la deuda del avance, sin modo de zafarse ya del empresario, ni autoridad que contra él lo ampare, porque generalmente lleva parte en el negocio y en todo caso se inclina del lado fuerte contra el débil. La esclavitud que a veces la heredan los hijos con la deuda. Eso de la riqueza que producen el oro y el caucho sólo es verdad para los privilegiados.

Marcos Vargas no estaba de acuerdo. Era posible que desde un punto de vista práctico Ladera tuviese razón; pero la aventura del caucho y del oro tenía otro aspecto, el de la aventura misma, que era algo apasionante: el riesgo corrido, el temor superado y aquello mismo de ir y volver y tirar el dinero, con que el hombre desafiaba al Destino. ¡Una fiera medida de hombría! ...Pero se abstuvo de manifestar su opinión.

Por otra parte ya Ladera abandonaba el tema, refiriéndose a una casa internada entre el bosque:

—Eso es *Guaricoto*, adonde traigo la familia a temperar, todos los años por la Cuaresma, que es cuando son más sanos estos lugares. Menos esta pasada, que tuvimos que quedarnos en Uputa por enfermedad de una de las muchachas.

Y Marcos, saliendo de su mutismo por las bromas a que lo inclinaba la simpatía que le inspiraba Ladera:

—¿Tiene muchas, don Manuel?

—Algunas y para varios gustos, pues son tres, que ya es

bastante. O dos, para el interés a que pueda obedecer esa pregunta suya, porque Maigualida, la mayor... Y ya que al caso viene, voy a explicarle cuáles son esos motivos íntimos que, según ya le he dicho, me obligan a evitarme rozamientos con José Francisco Ardavín. Este hombre, que es la suma de todos los defectos posibles, la dio por enamorarse de mi hija Maigualida y como ella no lo aceptó—piensa él que por consejos míos— le juró que mataría a todo el que la pretendiera.

—Y cumplió su promesa—agregó Marcos—. Algo de eso recuerdo haber oído en casa.

—Sí. Un forastero, mozo muy estimable, que gustaba de mi muchacha y empezaba a decirle. Ardavín lo sorprendió una tarde ante la ventana de casa conversando con ella y en su presencia lo asesinó cobardemente. Desde entonces mi pobre hija vive quitada del mundo.

Hace una pausa y volviendo al tono chancero, agrega:

—Por eso le digo que son dos las que componen la mercancía realizable que tengo en casa. Ya se las presentaré. Son unas pollitas todavía, pero como usted dice que su diligencia está hecha no hay peligro de que me las enamore.

—¡Hum! ...—hizo Marcos, comprendiendo que Ladera quería mantenerse en este terreno—. No se fíe de forasteros, don Manuel.

—¿Así es la cosa? ¡Ah Marcos Vargas! Usted va a caer muy bien por estas tierras, donde el buen humor, a pesar de todo, es un salvoconducto que abre todas las puertas.

—Pues para usted no habrá ninguna cerrada y como no le falta el aceite que afloja todo tornillo, porque el ganadito que voy viendo es bastante...

—Y ya verá más. Pero estas sabanas dan mucha brega, porque los bichos se recuestan contra el monte y hay que trabajarlo a pecho de caballo. Allá en *La Hondonada*, donde pernóctaremos,

ya son sabanas más fáciles, aunque durante el verano al ganado lo castiga mucho la sequía.

Y pasando de lo particular y propio a lo general donde ya era francamente pesimista:

—Eso es Guayana. Mucho río, agua como para abastecer a todo el país, y, sin embargo, tierras secas que dan tristeza.

Y por aquí continuó durante un buen rato hablando de las calamidades de su tierra, donde todo lo que fuese obra del hombre corrigiendo la Naturaleza estaba todavía por hacerse.

—Mire—dijo, de pronto, interrumpiéndose y deteniendo la bestia—: ésa es la Laja de los Frailes, donde según la tradición fueron fusilados los de las misiones del Caroní por órdenes del general Piar, cuando la guerra de la independencia. Por ahí, más adentro, estaban las ruinas del convento, pero ya no queda nada. Todas estas casas de por aquí están pavimentadas con ladrillos sacados de esas ruinas, que por eso los llaman fraileros. Unos ladrillos que duran siglos, que ya no saben fabricarlos nuestros alfareros. Como todo lo bueno de antes, que se ha perdido.

—Se llevarían los frailes la receta—dijo Marcos, sin tomar la cosa en serio.

—¡Si fuera eso sólo! Pero es que la gente de esos tiempos tenía la conciencia de que estaba fundando un país y todo lo hacía con vistas al porvenir, mientras que los hombres de ahora sentimos que este país se está acabando ya y no nos preocupamos porque las cosas duren. Por el contrario, queremos destruirlas cuanto antes.

Esta visión pesimista era totalmente nueva para Marcos Vargas, quien se lanzaba a aquel mundo con la generosidad de sus años mozos como al mejor de todos los posibles; pero al oír a Manuel Ladera se comprendía que hablaba con el corazón lleno de amor a su tierra, amor doloroso, de calidad más noble que el simple apego que hace entonar el canto, y escuchando al hombre maduro entraron en el alma del joven aires que luego harían borrascas.

Y en esto dijo Ladera:

—Pero no hablemos más. Mire lo que viene allí.

Lo que venía—y a menudo suele encontrarse por los caminos del Yuruari— era una res destinada al consumo de algún caserío vecino, atada a la cola de un burrito por un cabo de sogá que le traspasaba la nariz perforada y sangrante y con la cabeza enfundada, salvo los cuernos, en un trozo de coleta. La conducía un hombre a pie, aunque en realidad el conductor era el burrito que, adiestrado para este oficio, trotaba por delante de ella zigzagueando, para quitarle con el aturdimiento del rumbo incierto toda gana de cornearlo que pudiese traer.

Y Manuel Ladera explicó por qué había dicho que no había que hablar más:

—Ahí tiene la historia de Venezuela: un toro bravo, tapaojeado y nariceado, conducido al matadero por un burrito bellaco.

A lo que replicó Marcos:

— ¡Ya ve, don Manuel! Eso es lo que yo llamo calzarse a la medida. En el colegio de Ciudad Bolívar quisieron meterme en la cabeza la historia escrita de Venezuela y nunca logré entenderla, mientras que ya me la explico toda.

—Por algo se ha dicho que el viajar ilustra. Aunque sea por estos caminos.

Y entretenidos en estos tópicos cabalgaron un rato.

— ¡Mire! —volvió a interrumpirse Ladera—. ¿Ve esas manchas de sangre en esa laja?

—No serán de los frailes de las misiones, supongo.

—De un pobre negro de las minas de El Callao a quien asesinaron ahí anteayer. Lo traían preso, codo con codo. Un comisario de nombre Pantoja lo conducía a Ciudad Bolívar y al llegar a este sitio lo baleó. Dice que el negro lo atacó, pero no me explico cómo, pues estaba maniatado y así lo vi después de muerto, viniendo yo de *La Hondonada*. Detrás de aquella vuelta oí los tiros.

—Quiere decir—observó Marcos—que lo del burrito y el toro sucede a veces al revés.

—Justamente. Aquí el toro, a toda punta, fue el comisario. Un hombre que debiera estar en un presidio el tal Pantoja. O mejor

dicho: Cholo Parima, pues según algunos que han estado por el Atabapo ése es el verdadero nombre del comisario.

—¡Cholo Parima! —exclamó Marcos, refrenando la bestia con brusco movimiento maquinal.

—¿Lo conoce?

—De nombre solamente. Ese fue quien asesinó a mi hermano Enrique, hace doce años, la noche en que los machetes alumbraron el Vichada.

Había empleado la frase acostumbrada por allí para designar, la espantosa degollina, una de tantas jornadas sangrientas de la epopeya cauchera y Manuel Ladera no halló qué decir.

Cabalaron durante un buen rato en silencio, Marcos Vargas con una sonrisa sombría inmovilizada en el rostro y Ladera observándolo de soslayo.

—¡Lo que son las cosas! —murmuró por fin el joven —Yo tiraba hacia Rionegro, quería dedicarme al caucho que enriquece en obra de meses y últimamente hasta se me presentó una magnífica oportunidad, pero no podía manifestar ese deseo sin que mi madre se echara a llorar y en cambio fue ella misma quien me dio la primera noticia de que usted vendía sus carros y cuando le comuniqué mi propósito de venirme al Yuruari se alegró mucho. Vió un negocio estable —si a dárseme llegaba— que me quitaría de la cabeza la idea de internarme en las selvas caucheras donde sucumbió mi hermano y para allanarme este camino aceptó el sacrificio de mi separación de su lado y convino en vivir arrimada casa de uno de mis cuñados mientras yo pudiera traérmela a Upata. ¡Lo que son las cosas, don Manuel!

—¿Qué está usted pensando, joven?

—Nada. Hablando es lo que estoy. Contándole cosas de mi vida pasada, así como ya le referí otras para que fuera conociéndome bien.

—¡Oiga, Marcos Vargas! ¿No será mejor que desista de comprarme los carros?

—¡Es que usted se arrepiente de habérmelos vendido en las condiciones...!

—No diga tonterías. Usted me entiende. Ya le he dicho que me ha caído a gusto y no quiero que por causa mía, hasta cierto punto, vaya a tener un mal resultado su venida al Yuruari. Estoy dispuesto a ayudarlo en lo que sea menester: estudie un negocio que le agrade y le convenga en Ciudad Bolívar y cuente conmigo para el capital que necesite.

—Muchas gracias, don Manuel. Ya veo que usted cuando empieza a ser buen amigo no tiene cuándo acabar. Pero no se preocupe. A buscar malos encuentros no he venido al Yuruari, ni me pasaba por la cabeza la idea de que Cholo Parima anduviera por aquí: por muerto lo tenía ya; pero de la casa hay que salir, tarde o temprano... Además, eso de los malos encuentros es muy relativo: el mundo está sembrado de ellos.

Manuel Ladera se quedó unos momentos mirándolo y luego repuso:

—Prométame, por lo menos, que los evitará.

—Prometido, don Manuel.

Y en silencio continuaron el viaje.

JUAN SOLITO

Con la actividad desplegada en el hato de *La Hondonada*, donde Ladera recogió un ganado que embarcaría por San Félix para las Antillas inglesas, sabaneando junto con él y sus peones se le disiparon a Marcos los pensamientos sombríos, para los cuales su espíritu no tenía asideros perdurables y cuando reanudaron la marcha, camino de Upata charlaba animadamente, olvidado de Cholo Parima.

Atravesaban la montaña de Taguachi. Monte enmarañado a ambos lados del camino en cuesta, lleno de baches donde chapoteaban las bestias. Rastrojos cubiertos de malezas, silenciosos campos abandonados y uno que otro rancho de palma ennegrecida, derrumbándose ya. Mujerucas de carnes lacias y de color amarillento, asomándose a las puertas al paso de los viajeros;

chicos desnudos con vientres deformes y canillas esqueléticas cubiertas de pústulas que se las chupaban las moscas; viejos amojamados, apenas vestidos con sucios mandiles de coleta. Seres embrutecidos y enfermos en cuyos rostros parecía haberse momificado una expresión de ansiedad. Guayana del hambre junto al oro.

—Mire la obra del purguo y del oro—dijo Ladera—. ¿Se fija en que por todo esto no hay hombres útiles para el trabajo del campo? Abandonaron el conuco y la familia, muchos de ellos para enterrar sus huesos en la montaña, y por aquí no quedan sino los rezagos.

Pero se interrumpió al ver a un hombre de escopeta terciada a la espalda que más adelante acababa de salir al camino, para atravesarlo, por una de las picas de monte adentro.

—¡Juan Solito! —lo llamó, haciéndolo detenerse, y cuando ya se le reunía—: Buscándote venía, casualmente.

—Pues ya no necesita seguir—respondió el hombre, sin alzar la vista del suelo donde la había fijado.

Mientras Ladera:

—Ahí tiene usted, Marcos Vargas, al cazador de tigres más famoso de todo el Yuruari. Le dan el apelativo...

Pero el cazador le quitó la palabra:

—Porque es un Juan entre los muchos que caminan sobre la redondez de la Tierra y porque siempre anda solo, que es la mejor compañía del hombre.

—¡Vaya oyendo, Marcos Vargas! Ahí donde usted lo ve, con su escopeta al hombro, lleva oculto un filósofo.

Y Marcos al cazador, haciendo alarde de su conocimiento en punto de supercherías populares:

—Y porque mejor es que la gente lo llame a uno como quiera, sin que uno dé nunca el nombre propio y verdadero, porque eso tiene sus riesgos. ¿verdad?

—¡Jm! —hizo el de la escopeta—. ¿Si ya usted lo sabe, pa qué lo pregunta?

Barbudo, greñudo, de aspecto selvático, edad incierta y sin

apariencias de vigor físico que correspondiesen a su fama de cazador de tigres, Juan Solito era un personaje misterioso a quien se le atribuían facultades de brujo. Decíase que había vivido mucho tiempo entre los indios del alto Orinoco, cuyos piaimas lo iniciaron en sus secretos y así como se ignoraban su nombre, origen y procedencia, no se sabía tampoco dónde habitaba ni se le conocían relaciones permanentes con los moradores de la región.

—Pero decía usted, don Manuel, que venía buscando a Juan Solito—agregó, en seguida de las palabras dirigidas a Marcos y hablando de sí mismo como de tercera persona.

—Sí—respondió Ladera—. Iba a dejarte recado por el camino de que en *La Hondonada* está cebado un tigre que ya me ha matado dos becerros en lo que va de esta semana.

Juan Solito escupió la mascada de tabaco y, contemplando luego el salivazo caído a sus pies, murmuró:

—Mire puej como renco y tó el de la pinta menudita se sabe procurá su comía.

—Parece que lo estuvieras viendo como en un espejo, sólo con mirar la saliva de tu mascada—repuso Ladera a tiempo que le hacía a Marcos guiñadas de inteligencia.

—¡Jm! ¡Quién quita, don Manuel! La humanidad de la tierra está sembrá de espejos donde se aguaitan las cosas más lejos y enmogotás. El tó es sabé miralas sin asco.

—¿Quieres decir que ya conoces el tigre que necesito que mates?

—Algo de él ha catao ya Juan Solito, sí, señol. La güella que va dejando dice que cojea de la mano derecha desde hace algunos días, a causa de habérsele caído las garras, de donde se infiere que es viejo y que con la zurda es que ahora está tirando el zarpazo. Pero asesina y tó dice usted, y su palabra vaya adelante, que dos becerros le ha comío en lo que va de esta semana.

—Y de los más bonitos. Andate por allá esta noche antes de que se coma el tercero.

—¿Esta noche? Esta noche no podrá sé porque ya Juan Solito

está trincao de palabra por otro que también anda haciendo un esguace por los ranchos de estos montes.

—¿No será el mismo que se deja llegar hasta *La Hondonada*?
—intervino Marcos, por ver hasta dónde llegaba la clarividencia del cazador.

—No, joven. Ni usted lo cree tampoco. Este de por aquí es un tigre barreteao, forastero de por estos montes, por cierto.

—Pues, amigo—dijo Ladera, dirigiéndose a Marcos—, está visto que usted es el hombre de las caídas en gracia, porque es la primera vez que Juan Solito acepta conversación de persona a quien no conozca de tres meses antes. ¿No es así, Juan Solito?

—De tres meses y los días que completan el ciento, que es el número de la sabiduría. Pero ya esa cuenta está echá, don Manuel, y al joven aquí presente le sobra un pico en su favor.

—¿Sí? —inquirió Marcos, con verdadero interés—. ¿Dónde y cuándo nos hemos conocido?

—El dónde y el cuándo y el cómo son hijos sutes de la madre curiosidá. Lo que medra es que ca uno sepa lo que haiga menester.

—¿No digo yo que por la boca de Juan Solito habla un filósofo?

—Los palos del monte, don Manuel, que le han enseñao su sabiduría. Pero, volviendo a lo suyo, pues usted no ha interrumpió su marcha pa hablá de Juan Solito. Mañana, primeramente Dios, estará Juan Solito en *La Hondoná* velando al renco.

—Bien. Ya que no puede ser esta misma noche. Se comerá otro becerro, pues va un día sí y otro no y hoy le toca.

—Espreocúpese. Hoy tampoco irá. Ese cae por allá entre gallos y medianoche. Ya lo he sentío pasá por la montaña silenciosa.

—¿Y por qué no lo has matado? Dos mautes míos habría dejado de comerse.

—Porque naiden tiene derecho a atravesase contra por gusto en

el camino de otro que ande procurándose su vida con las armas que Dios le haiga dao.

—Por gusto no habría sido. De buena gana te pagaría ahora la libra esterlina de tu tarifa.

—No es por la paga, don Manuel, sino porque las causas no puén andá detrás de los resultaos. El tigre, en una comparación, siente primero el hambre y después se come el maute o el marrano; pero la visiversa nunca.

—¡Claro! —exclamó Marcos Vargas.

—No tan claro, joven—repuso el cazador, siempre mirando al suelo y escupiendo por el colmillo el resto de la mascada, prosiguió—: Ese jué, don Manuel, el acomodo que Dios les dió a sus cosas y Juan Solito no pué trastorná las leyes del mundo. El tiene que decí primero, adresmente, voy a matá al tigre, pa después hacelo. Pero antes con antes tienen que habele dicho: "Juan Solito, márame ese tigre que me se está comiendo lo mío". Porque eso de lo mío y lo tuyo, don Manuel, son cosas que no se le ocurren por su cuenta a Juan Solito. El las escucha mentá y las repite, no más. Allá ca uno con lo que le parezca claro, siendo turbio. Pero en el caso presente, como ya él está trincao de palabra con usté, lo que hará esta noche será amarrale la güella al renco, pa paralo ande se encuentre a esa hora y punto, de mo y manera que no puea llegá hasta *La Hondoná*. Déjelo de mi cuenta y váyase tranquilo que el renco no le mata más becerros.

—¡Amarrarle la huella! —intervino Marcos Vargas—. Explíqueme eso, viejo.

Pero como el cazador se limitara a sonreir, Ladera advirtió:

—A Juan Solito no se le arranca nunca una palabra respecto a sus secretos profesionales.

—¡Jm! El que aprendió callao, callao enseña, don Manuel.

—¿No le digo? Bueno, Juan Solito, voy a pagarte de una vez para que las causas vayan delante de sus efectos.

—Usté no ha entendió, don Manuel. No es que Juan Solito haiga querío cobrarle por anticipao, pues ya debe de sabé que él no tiene esa costumbre.

BIBLIOGRAFIA

- Araujo, Orlando. *Lengua y creación en la obra de Rómulo Gallegos*. 3ª ed. Caracas, Ediciones "En la raya", 1977, 2 vols.
- Díaz Seijas, Pedro. *Rómulo Gallegos, vida y obra*. México, 1957.
- González, Manuel Pedro. "Sobre *Cantaclaro, Canaima*". *Revista Cubana*, La Habana, 1935, III, Nº 7, pp. 121-7.
- Howard, Harrison Sabin. *Rómulo Gallegos y la revolución burguesa en Venezuela*. Caracas, Monte Avila, Col. Estudios, 1977.
- Leante, César. Prólogo a *Canaima*. La Habana, Casa de las Américas, Col. Literatura Latinoamericana, 1973.
- Liscano, Juan. *Rómulo Gallegos y su tiempo*. 2ª ed. Caracas, Monte Avila, 1969.
- Massiani, Felipe. *El hombre y la naturaleza venezolana en Rómulo Gallegos*. Caracas, Edit. Elite, 1943.
- Moreno Garzon, Pedro. "Rómulo Gallegos", en *Venezolanos ciento por ciento*. Caracas, Edit. Cecilio Acosta, 1943.
- Osorio, Luis Enrique. "Rómulo Gallegos", en *Democracia en Venezuela*. Bogotá, Edit. Litografía Colombiana, 1943.
- Peña, Carlos Héctor de 1ª *La novela moderna. Su sentido y su mensaje*. México, Edit. Jus, 1944.
- Picón-Salas, Mariano. "Símbolos de Gallegos" en *Revista Cruz del Sur*, Nº 4, Caracas, junio de 1952.
- Planchart, Julio. *Reflexiones sobre novelas venezolanas* en *Temas críticos*. Caracas, Ministerio de Educación, Biblioteca Venezolana de Cultura, 1948.
- Ramos Calles, Raúl. *Los personajes de Gallegos a través del psicoanálisis*. Caracas, Monte Avila, 1969.
- Siso Martínez, José M. *Poetas saturnianos y maestros*. Caracas, Tip. Americana, 1947.
- Torrealba Lossi, Mario. "La poesía en *Canaima*". *El Nacional*, Caracas, 22 de octubre de 1953.
- Vila Selma, José. *Procedimiento y técnicas en Rómulo Gallegos*. Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, 1954.

INDICE

<i>Canaima, estructura mítica, por Domingo Miliani . . .</i>	7
Cap. I. Pórtico	35
Cap. II. Por el camino y ante la vida	52
Cap. III. Upata de los carreros	70
Cap. IV. Los Ardavines	81
Cap. V. Las palabras mágicas	98
Cap. VI. El poder moderador	113
Cap. VII. Nostalgias	131
Cap. VIII. La Bordona	150
Cap. IX. Las carcajadas de Apolonio	165
Cap. X. El avance	193
Cap. XI. Las horas menguadas	204
Cap. XII. Canaima	215
Cap. XIII. El mal de la selva	238
Cap. XIV. Tormenta	257
Cap. XV. Un alma en delirio	268
Cap. XVI. Mitología griega y solución lógica	284
Cap. XVII. Contaban los caucheros	297
Cap. XVIII. Aymara	314
Cap. XIX. ¡Esto fue!	330

ROMULO GALLEGOS / CANAIMA

La región que tiene como centro el Orinoco se plasma en páginas cumbres al iniciarse esta obra. Nadie ha descrito mejor la frondosidad de la selva y la violencia de los hombres que de ella extraían sus tesoros. Los peligros que allí acechan se conjugan en una creación mágica: Canaima, el dios que absorbe a los hombres; y es precisamente alrededor de este ente mitológico que Domingo Miliani ofrece en el estudio preliminar de esta edición, una nueva interpretación de la novela de Gallegos.

Domingo Miliani, profesor universitario, autor de varias obras de investigación literaria es uno de nuestros críticos literarios más destacados.